

B 71100

COLECCION DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS

DE LA RELIGION CRISTIANA

SAN JUSTINO, AGUSTINO DE SIRIA, ATENAGORAS, TROFIMO DE ANTIOQUIA, TERTULIANO, MINUCIO FELIX Y ORIGENES.

TRADUCIDOS O ANOTADOS:

Por don Manuel Ximeno y Urzúa, Doctor en Sagrada Teología y Opositor á Catedras.

Y DEDICADA AL SABHO CIERO DE ESPAÑA

TOMO SEGUNDO.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

TRATADO DE ORIGENES CONTRA CELSO.

LIBRO TERCERO.

N. 1. En mi primer libro contra Celso, he refutado, piadoso Ambrosio, con toda la exáctitud que me ha sido posible, su Prefacio, el principio de su Obra, y las declamaciones del Judio que disputa contra Jesus. En el segundo, he dado respuesta á todas las objeciones, que Celso, baxo la persona del Judio, propone contra los que creen en Dios por Jesu-Christo. En el tercero responderé ahora á lo que él mismo nos opone.

Segun Celso se explica, «no hay cosa mas frívola ni mas ridícula, que la controversia de los Judíos con los Christianos; la qual se reduce á disputar, como dice el proverbio, de la sombra del asno. Unos y otros creen, que el Espíritu Divino predixo la venida del Salvador de los hombres: pero ¿ha venido, ó no ha venido todavía? Sobre esto estriba toda la contextualion.»



En efecto, los Christianos creen, que Jesus ha venido conforme á las Profecías, al paso que la muchedumbre de los Judíos está muy distante de creer en Jesus. Mientras vivió, le armáron lazos; y los Judíos de ahora, aprobando los atentados de sus padres, pretenden que Jesus, mediante la mágia, se vendió por *el Christo* de los Judíos, que los Profetas habian anunciado.

N. 2. Pero diganme Celso y sus partidarios: ¿es por ventura cuestión de poca importancia el exáminar, si los Profetas de los Judíos predixéron el lugar en que naceria la cabeza de los hombres de bien que merecerian el nombre de pueblo de Dios; si predixéron, digo, que una Virgen concebiria á *Emmanuel*, que habia de hacer un número considerable de milagros; que su doctrina se esparciria con tanta celeridad; que la voz de sus Apóstoles resonaria en todo el ámbito de la tierra; finalmente, que despues de haber sido condenado á muerte y crucificado por los Judíos, resucitaria? ¿Carecieron acaso de fundamento los Profetas, para anunciar de viva voz todos estos acontecimientos, y dexarlos por escrito? Y los Judíos, antiguos habitantes de la tierra que los Profetas ocupaban, ¿no tuvieron tambien algun motivo, para creer á unos como á verdaderos Profetas, y desechar á otros como á impostores? ¿No tuvieron alguna razon, para poner en la clase de los libros de Moysés, que ellos miran como sagrados, los escritos de estos

Profetas? ¿Y á quién se le hará creible, que los Judíos podian haber pasado sin Profetas? Los Judíos, que se veían rodeados de Naciones, las cuales se gloriaban de tener sus Dioses y sus Oráculos; los Judíos, que hacian el mayor desprecio de estos Oráculos, y daban á estos Dioses el nombre de Demonios; era preciso que tuviesen Profetas, que llenasen el vacío de aquellos Oráculos, y aun los obscureciesen. Sin este auxilio, ¿no es creible, que los Judíos hubieran sido arrastrados de los Oráculos de sus comarcas, á causa de aquella inclinacion natural á todos los hombres de querer conocer los secretos futuros?

N. 3. Por otra parte, los Paganos encarecian sobre manera sus prodigios, y aun el mismo Celso refiere un número considerable de ellos: pues ¿cómo era posible que los Judíos, que hacian profesion de ser los únicos que estaban consagrados al culto del Dios supremo del universo, no tuviesen ninguna especie de prodigios para sostener su fe y su esperanza? ¿No es de creer que hubieran abandonado á un Dios, que no hubiese sido poderoso sino en palabras? ¿Hubieran en tal caso mirado su creencia con una adhesion superior á todas las pruebas imaginables? ¿Hubieran sufrido tantos trabajos como padecieron en la Asiria, en la Persia, y baxo Antíoco, primero que quisiesen renunciar á sus leyes, ó traspasar una sola de ellas? Confiesese, pues, por



lo menos, que verisimilmente los Profetas, unos hombres de un valor inalterable y de una virtud irreprehensible, fueron divinamente inspirados para predecir lo por venir, y principalmente la venida del Salvador de los hombres.

N. 4. Luego la disputa que hay entre Judíos y Christianos, no es, como acaba de verse, sobre *la sombra del asno*. Ni los Judíos ni los Christianos se engañan, creyendo que los Profetas fueron inspirados de Dios; pero los primeros se engañan, alterando y truncando el sentido de las profecias, que hacen relacion á Jesu-Christo.

N. 5. Sin duda Celso se imagina, que los Judíos eran Egipcios, que se habian visto precisados á desamparar su patria, por haber turbado el Estado y despreciado la Religion, puesto que dice, que los Judíos recibieron de los Christianos el mismo mal trato, que ellos habian dado á los Egipcios, y que un carácter inquieto y sedicioso habia sido el movíl, así de los Judíos como de los Christianos.

Pero el hecho contado con exactitud es como se sigue. Obligados del hambre los Hebréos, se retiraron á Egipto, y fueron malamente tratados por los Egipcios. La Providencia los vengó: sus opresores fueron forzados por las plagas del cielo á dexarlos salir de la esclavitud á que los habian reducido. Desde entonces, no hay calumnia que los Egipcios no hayan inventado contra este pueblo; de manera que no pudiendo negar

absolutamente los singularísimos milagros de Moysés, procuraron con todo esfuerzo hacerlos pasar por operaciones mágicas: no obstante que Moysés, lejos de ser mágico ó charlatan, era un hombre lleno de Religion, inspirado por el Espíritu Divino; que dió á los Judíos las leyes que Dios le habia dictado, y escribió la historia fiel de todo lo que habia sucedido.

N. 6. Yo bien veo, que Celso está muy lejos de mirar á Moysés como á un historiador exacto y puntual; supuesto que no ha dado crédito, sino á los opresores y calumniadores, queriendo luego hacer creer, que los oprimidos habian desamparado el Egipto como sediciosos. Sin duda no ha parado la consideracion en que no era posible, que los Judíos hubieran repentinamente mudado de language en su pretendida sedicion, y hablado el idioma Hebréo en lugar del Egipcio. Si miraban con horror la lengua de su país, ¿por qué no adoptaron el Siríaco ó el Fenicio, tan diferentes del Hebréo? Se ve, pues, que la narracion de Celso no es otra cosa que un tejido de falsedades. El Hebréo era la lengua de los Judíos antes que se estableciesen en Egipto, y los caracteres Hebréos de que se sirvió Moysés para escribir el Pentateuco, no tienen semejanza alguna con los caracteres Egipcios.

N. 7. Es igualmente falso, que el espíritu de sedicion fuese la causa de que una porcion de



Judíos se separase de sus compatriotas y siguié- se á Jesus. Pruébenos Celso ó sus partidarios, que los Christianos hayan jamás tenido parte en se- dicion alguna. Si los Christianos, por un espíri- tu de sedicion, se hubieran separado de los Ju- díos, á quienes era permitido defenderse de ma- no armada, y dar muerte á sus enemigos; ¿có- mo era posible, que el Legislador de los Chris- tianos les hubiera prohibido matar, y usar de la fuerza para rechazar aun al enemigo mas in- justo? Quanto mas que no es de creer tampoco, que una turba de sediciosos adoptase unas leyes, que los obligan á dexarse degollar sin resistencia, como débiles ovejas, y á no tomar nunca ven- ganza de sus crueles perséguidores.

N. 8. En prueba tambien de que los Judíos que salieron de Egipto no eran originarios de aquel país, se ve en la Escritura, que sus nombres y los de sus hijos eran Hebréos y no Egipcios.

Por lo que hace á los Christianos, que siguen una ley de paz y de dulzura, que no les permi- te defenderse contra sus enemigos; el mismo Dios ha peleado en favor de ellos, y frecuentemente ha reprimido el furor de los Príncipes y de los pueblos, que querían exterminarlos. Ha permiti- do tambien, que hubiese de tiempo en tiempo Mártires, los quales con el exemplo de su valor corroborasen la fe de sus hermanos, y les ense- ñasen á ser superiores al temor de la muerte: ver-

dad es que su número es corto (a), y que pue- den contarse con facilidad. Pero Dios ha vela- do siempre por la conservacion de la Iglesia Chris- tiana, y quiere que su santa y saludable doctri- na se difunda por toda la tierra. Así es, que muchas veces ha disipado las conjuraciones for- madas contra sus Discípulos, para de este modo dar firmeza á los débiles contra el temor de la muerte; y ha estorvado, que los Soberanos y los pueblos siguiesen los movimientos de su furor.

N. 9. Pasemos ahora á una manifiesta impostu- ra de Celso. *Si todos los hombres, dice, quisieran hacerse Christianos, los Christianos lo resistirian.*

Para confundir esta impostura, no hay sino atender al zelo con que los Christianos recorren las provincias, las ciudades y las aldeas, deseos- sos de predicar su Religion y adquirirse Proséli- tos. Y no se puede decir que el interés los mue- va; porque el mayor número de estos Apóstoles no quiere recibir aun las cosas necesarias á la vi- da; otros, viendose en una absoluta indigencia, se limitan á lo puramente necesario, á pesar de

(a) Entendemos, como el cleciano, y Maxîmino Da- Abate Fleury, que su núme- ya, fuéron despues que Orí- ro es corto, en comparacion genes escribió esta obra: por- de la multitud de los fieles. que quando él la escribia, Por otra parte, las mas san- la Iglesia hacia mucho tiem- grientas persecuciones que po que estaba en paz, co- padeció la Iglesia, como por mo lo dice en este mismo li- exemplo las de Decio, Dio- bro, N. 15.



todos los ofrecimientos que puedan hacerles. Más como se ve ya ahora que hay muchas personas ricas, constituidas en dignidad, y mugeres de distincion, que se desviven por agasajar á estos Apóstoles, no será extraño que haya quien piense, que la vanagloria es el principio de su zelo. Por lo menos se ha de confesar, que en los principios del Christianismo, quando los Predicadores estaban sin cesar expuestos á los mayores peligros, no podian tener lugar semejantes sospechas; y aun ahora mismo, es mucho mayor la humillacion que sufren de parte de nuestros enemigos, que los honores que pueden esperar de ellos.

N. 10. Pero ¿cómo prueba Celso, que los Christianos no quisieran, que todos los hombres abrazasen su Religion?

«Al principio, dice, era muy corto el número de los Christianos, y todos seguian una misma doctrina. Luego que se multiplicaron, se dividieron en muchas sectas, y cada uno toma ya partido á su antojo. El espíritu sedicioso ha sido siempre el espíritu de esta Religion.»

Es innegable, que los Christianos al principio no formaban ni con mucho un cuerpo tan numeroso como ahora; pero sin embargo no era tan corto como se quiere hacer su número: y así es que el principio de los zelos y del aborrecimiento mortal contra Jesus consistia en que se hacía seguir de la muchedumbre, de quatro, de cinco mil personas, sin contar las mugeres y

los niños. La fuerza y los atractivos de los discursos de Jesus hacian que las primeras olvidasen la delicadeza y circunspeccion propias de su sexô; y hasta los niños, parecia, que eran arrastrados del ascendiente de la Divinidad.

N. 11. *Los Christianos seguian entonces una misma doctrina.* Celso ignora, que ya entonces habia diversidad de opiniones acerca de los libros que nosotros miramos como divinos; y que ya en tiempo de los Apóstoles se suscitó una gran disputa sobre la Ley y observancias de los Judios; porque unos pretendian que los Paganos convertidos debian conformarse á ellas, y otros sostenian todo lo contrario. En las Epístolas de Pablo se ve tambien, que no todos pensaban del mismo modo acerca de diferentes dogmas, y que algunos no tenian una idea cabal de nuestros misterios. (*I. Cor. 15. II. Tes. 2. I. Tim. 6.*)

N. 12. Celso nos quiere formar un crimen por la multitud de sectas del Christianismo; como si esto por el contrario no fuera prueba de una doctrina excelente y util al linage humano. No hay cosa mas util ni mas necesaria para la curacion de los cuerpos, que la ciencia de la Medicina; sin embargo ¿quántas sectas de Médicos se encuentran, así entre los Griegos como entre los Barbaros!

Tambien la Filosofia, que nos promete la verdad y el conocimiento de todo lo que existe, y nos enseña el arte de vivir y ser felices



se ha dividido en una multitud de sectas mas ó menos conocidas. Entre los Judíos, las diversas interpretaciones de los libros de Moysés diéron principio á muchas sectas. Pues del mismo modo, habiendo parecido excelente la Religión Christiana, nó, como Celso dice, á viles esclavos, sino á muchos sabios Griegos; era por consiguiente necesario, que se formasen muchas sectas, no por espíritu de sedicion y de disputa, sino por que los esfuerzos de muchos Sábios en profundizar nuestros misterios, han sido causa de que discordasen en la inteligencia de ellos, así como tambien en la de nuestras Escrituras: porque por lo demás, todos convenian en mirarlos como divinos, y admiraban uniformemente los dogmas del Christianismo. ¿Y por eso ha de tenerse en menos precio la Medicina, la Filosofía y la Ley de los Judíos?

N. 13. Discurramos del mismo modo acerca del Christianismo. Las palabras de Pablo sobre estas diferentes sectas, me parecen admirables. »Es preciso, dice, que haya tambien heregias entre vosotros, á fin de que los fieles de una fe acrisolada sean conocidos de todos.« (I. Cor. 11.)

Así, aquel es consumado en Medicina, que despues de haber estudiado con aplicación los principios de las diferentes escuelas, se determina por aquellos que le parecen mas ciertos; y aquel es verdaderamente habil y consumado en Filosofía, que adopta una secta, despues de haber examina-

do y profundizado los dogmas de todas. Del mismo modo, el Christiano mas ilustrado será tambien, á mi parecer, el que conozca perfectamente todas las sectas de los Judíos y de los Christianos.

Por lo demás, no es posible oponer al Christianismo la diversidad de sectas, sin que la objecion recaiga sobre la escuela de Sócrates, que se dividió en tantas escuelas, y sobre Platón tambien, cuyos principios abandonó Aristóteles por otros de que se hizo autor (a). Quizá Cel-

(a) No se puede negar que esta respuesta es convincente para los enemigos con quienes tenia que pelear Orígenes. Yo no sé, cómo los Filósofos podian oponer á los Christianos la diversidad de sectas y de doctrinas, siendo ellos unos hombres divididos en una infinidad de sectas, que se ensangrentaban mutuamente, fluctuaban en la incertidumbre acerca de los puntos fundamentales de las costumbres y de la Religión, y no tenían cosa alguna fixa ni cierta. Pero añadamos una respuesta irreplicable, que sirva para todos tiempos y para toda especie de contrarios.

Es constante, que la diversidad y las variaciones en la doctrina, son el carácter distintivo del error, así como la unidad es el carácter de la verdad, y la invariabilidad é indefectibilidad es el sello de la verdad divina. Tal es tambien el carácter divino, que ha distinguido á la Iglesia Católica en todos tiempos. Apenas nació, su fe se halló fundada enteramente y para siempre por la Escritura y por la Tradición. El Símbolo de los Apóstoles comprehende en sí á todos los demás Símbolos, los quales jamás han añadido ó suprimido cosa alguna del prime-



so ha querido hablar de algunas sectas, como por ro, sino que á lo sumo lo y las anatematiza; y se pue- han aclarado, segun lo han de decir que en rigor no exigido las circunstancias de son Christianas tampoco, se- los tiempos, y las contro- gun el oráculo de Jesu-Christo: *Si alguno hay que no quie- versias de los Novadores. Esta ra escuchar á la Iglesia, tenedlo como á un Etnico ó un Publicano.* prueba, ya concluyente en el siglo de Origenes, ha adquirido mucha mayor fuer- En una palabra, la identidad, la invariabilidad, la fe de la Iglesia jamás ha indefectibilidad de la enseñanza de la Iglesia, manifiestan claramente la mano padecido alteracion alguna, porque recibió ya en el principio toda su perfeccion, lo de Dios que la ha fundado, que la mantiene y la que únicamente es propio y peculiar de las obras de Dios. dirige constantemente hasta la consumacion de los siglos. La Lo que nosotros creemos en la contrariedad y las variaciones perdurables de las sectas que se han separado de ella, el Siglo XVIII. es lo mismo que han creído todos los fieles en todas partes y en todos los siglos. Por el contrario, todas las sectas que tienen su principio, así en el orgullo y las pasiones, como se han separado de la Iglesia, entregadas á la inconstancia y á la perpétua movilidad natural del corazon humano. Los tiros de Celso y de sus sucesores podrán acaso herir á las sectas eterodoxas; pero si tienen la temeridad de asestarlos contra la Iglesia, lejos de desmoronarla, volverán rechazados contra ellos mismos. Puede

exemplo de las de los Ofitas, y de los Ciinitas

consultarse la obra de Bo- sar la autenticidad y la inviolable integridad de los manantiales de la creencia de la Iglesia Católica, la unidad é invariable perpetuidad de su enseñanza, la que ha sido siempre contradicha, pe- suét, acerca de las variaciones de las Iglesias Protestantes, obra admirable, que será siempre la confusion y desesperacion de los Novadores.

Todavía podemos decir mas. La diversidad, la multitud innumerable de sectas heréticas, lejos de formar una objecion contra la Iglesia Católica, añaden una nueva prueba, tan concluyente como sólida, á esa niebla de pruebas de que está cercada. Despues que la Iglesia triunfó del Paganismo, armado de la espada de los Césares, de la dialéctica de los Filósofos, de la eloqüencia de los mayores ingenios, consiguió una victoria no menos gloriosa de las heregias: jamás el error pudo mezclarse con la verdad de su fe, ni la zizaña sembrada por el enemigo ha podido jamás alterar el trigo sembrado por el Padre de familias: las mismas sectas heréticas, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, confiesan á su pe-

ro en vano. Finalmente, todas las sectas heréticas, ó se han desvanecido, ó se han confundido y refutado con sus mismas disputas y sus variaciones sempiternas; al paso que la grande Iglesia, la Iglesia de Jesu-Christo, sola, como un edificio indestructible, fundada sobre la fe de los Profetas y de los Apóstoles, sobre Jesu-Christo mismo, sabiduría y verdad increada, ha subsistido en todos tiempos y en todo el universo, siempre la misma, sin que el furor del Infierno, las prevaricaciones y flaquezas de sus Ministros, los artificios, las sutilezas, las calumnias, las violencias de los sectarios, hayan podido jamás ni debilitarla, ni obscurecerla, ni corromperla, ni seducirla. Luego aquí obra



(a), que renegaron de Jesus, y ya nada tienen de comun con nosotros: pero de nada de eso se concluye cosa alguna contra el Christianismo.

N. 14. »Lo admirable es, continúa Celso, que esta secta no tiene mas fundamento que el espíritu de sedición; el qual, se imagina, que debe de serle muy provechoso, juntamente con una desconfianza universal. Por eso los Christianos están tan firmes en su creencia.“

Nuestra creencia y nuestra secta tienen por fundamento el poder y la palabra del mismo Dios, que inspiró á sus Profetas, para que nos anunciáran la venida de Christo, Salvador del género humano. Los esfuerzos de los infieles para destruir nuestra fe, no sirven sino para poner mas en claro su divinidad. Nosotros demostramos, que Jesus, Hijo de Dios antes de su Encarnacion, permanece Hijo de Dios despues de su Encarnacion. No temo decir, que todos los que tengan claros y perspicaces los ojos del alma, juzgarán del mismo modo, y verán que nuestra doctrina no debe su origen ni sus progresos á la sabiduría humana, sino á Dios únicamente, que se ha ma-

manifestamente la mano de Dios: *Digitus Dei est hic.*

(a) Los Caínitas tributaban culto á Caín. Los Ofitas adoraban á una serpiente; de la qual decían, que era Christo, que baxo la

forma de serpiente habia seducido á Eva, y enseñado al hombre la ciencia del bien y del mal. De aquí tomaron el nombre; porque *ὄφις* en griego significa serpiente.

nifestado por medio de su sabiduría y de un número considerable de prodigios; que dictó primero la ley de los Judíos, y despues la de los Christianos. Hemos demostrado tambien, que no es posible que el interés ó el espíritu de sedición hayan dado principio á una Religion, que tiene la virtud de convertir á los hombres y hacerlos virtuosos.

N. 15. Ni puede tampoco decirse, que el temor ó la desconfianza tenga parte en ella. Por lo que hace al temor, há ya mucho tiempo que Dios nos ha querido libertar de él; si bien es cierto que esta calma no será durable, segun las apariencias: porque ya la calumnia encarnizada contra nosotros, no cesa de esparcir, que la causa de las turbaciones actuales proviene del excesivo número de Christianos, y de que ya no se les persigue. Nosotros hemos aprendido á no entibiarnos en la paz, á no desanimarnos en la guerra, y á no renunciar jamás del amor de Dios en Jesu Christo.

Procuramos con todo esfuerzo dar á conocer los principios de nuestra sagrada Religion, lejos de ocultarlos, como imagina Celso. A aquellos que se vienen á nuestro partido, les inspiramos ante todas cosas el desprecio de los ídolos; y apenas los consideramos desprendidos del culto de las criaturas, los elevamos hasta el Criador, y les hacemos ver que Jesu-Christo ha venido, así por medio de las Profecías, como de los escritos de los Apóstoles, que tenemos cuidado de



poner en manos de aquellos que son capaces de comprenderlos.

N. 16. Acúsanos Celso, aunque para ello no alega prueba alguna, de que forjamos no sé qué espantajos, para imponer á los sencillos. Yo no sé ciertamente lo que quiere significar con esto, sino es que sea el juicio final, en que Dios pedirá á los hombres cuenta de todas sus acciones, castigará á los malos y recompensará á los buenos. Pero este es un dogma que nosotros probamos sólidamente, ya con nuestras Escrituras, ya con argumentos luminosos. Es preciso hacer justicia á nuestro Contrario. Él asegura, que se ha de ir con mucho tiento en contradecir una verdad tan importante; pero si admite el castigo de los malos, ¿en qué viene á parar ese espantajo con que nos daba en rostro?

Nosotros, según él se explica, hemos recogido y aun alterado mil patrañas, con que atolondramos á nuestros Prosélitos, poco mas ó menos como hacen los Coribantes con los que inician en sus misterios. Pero ¿de dónde, pregunto, hemos tomado estas patrañas? ¿De los Griegos, que creen que hay Tribunales establecidos sobre la tierra; ó de los Judíos que enseñan, que hay otra vida despues de esta? Como quiera que sea, nunca probará, que los Christianos, cuya creencia es enteramente racional, se desvian de la verdad, arreglando su conducta sobre el juicio futuro.

N. 17. Celso trata de cotejar nuestra creencia con la de los Egipcios. »En Egipto, dice, se nos presentan á primera vista templos magníficos, bosques sagrados, vestíbulos inmensos, ceremonias augustas y llenas de misterios; pero si se penetra hasta el santuario, se encuentran en vez de Divinidades, un gato, un mico, un cocodrilo, un macho de cabrio ó un perro.“

Mas yo pregunto: ¿qué hay entre nosotros que se asemeje, ó á la magnificencia de los templos de Egipto, ó á los animales que son adorados en ellos? Celso dirá, á lo que yo pienso, que nuestras Profecías, que el Sér supremo, que el desprecio de los simulacros, todo esto es muy propio para inspirar respeto; pero que Jesu-Christo crucificado se puede comparar muy bien con las Divinidades Egipcias. Ya hemos justificado bastante los misterios de Jesus, cuyos trabajos como hombre han sido la salvacion del mundo entero.

N. 18. Los Egipcios nos cuentan las cosas mas extrañas acerca de sus animales, á quienes consideran como otros tantos simbolos de la Divinidad. Celso por su parte tambien nos asegura, que los que han sido iniciados en sus misterios, están muy distantes de arrepentirse. Pero las objeciones que Celso acaba de hacernos, y las que nos hará en adelante, de que excluimos de nuestras juntas á los Sábios, y no admitimos sino á idiotas y talentos cortos; estas objeciones, digo,